

## El poder de las palabras

Nuestras palabras son una herramienta para hacer mucho bien. Podemos hablar a nuestro Padre celestial en favor de nosotros mismos o de los demás; podemos hablar la Verdad de Jesucristo y cantarle alabanzas; podemos capacitar, animar y advertir; y podemos expresarnos amor unos a otros.

Nuestras palabras tienen también el poder de herir. A veces todo comienza con algo pequeño; un comentario a una política de la iglesia o una conversación acerca de un conocido, puede tener un efecto de bola de nieve, causando un gran daño. Podemos expresar nuestras opiniones de una manera crítica ("¿Viste como él...?" o, por curiosidad, hacer una pregunta que provoca una respuesta negativa ("¿Sabes por qué ella...?"). Nuestras preguntas y comentarios pueden sembrar semillas de duda y desconfianza que pueden herir la reputación de las personas.

{xtypo\_quote\_right}Salmo 90: 12 ¿Quién está consciente de sus propios errores?

¡Perdóname aquellos de los que no estoy consciente!

13 Señor, además, a tu siervo de pecar a sabiendas;

no permitas que tales pecados me dominen.

Así estaré libre de culpa

y de multiplicar mis pecados.

14 Sean, pues, aceptables ante ti

mis palabras y mis pensamientos,

oh Señor, \*roca mía y redentor mío.{/xtypo\_quote\_right}Otra palabra para esos comentarios es "chisme". Dios tiene palabras severas contra los chismosos. Estos separan a los buenos amigos, traicionan la confianza y fomentan la disensión. Los más preocupantes de todos, a los ojos del Señor, compañeros de viaje de los chismosos, son los injustos, los perversos, los detractores y los aborrecedores de Dios. Pídale al Espíritu Santo que lo guíe a la Verdad en cuanto a sus palabras. Reciba la Verdad y deje que transforme cualquier actitud de corazón que pudiera inducirle al chisme. "Porque de la abundancia del corazón habla la boca" (Mt. 12:34b). Sea alguien que protege la reputación de los demás, entre ellos su familia, sus compañeros de trabajo y la de los creyentes. Sea de bendición con sus palabras.

{adsense}

Autor: Charles Stanley

